

La muerte de un filósofo

Javier Wimer

Emilio Uranga —autor de Análisis del ser del mexicano y Astucias literarias— vivió, dice el escritor y diplomático Javier Wimer, entre entusiasmos, renunciaciones, aciertos y estocadas al aire. Este hombre, a quien José Gaos atribuía el rarísimo don del “genio filosófico”, murió sin compañía. Hay hombres capaces de creer en la muerte como una realización ontológica.

Puede decirse que Emilio Uranga murió como un perro. Expresión idiomática tan rotunda y tan vacía como una interjección pero que, a fin de cuentas, quiere decir lo que la ausencia de adjetivos calla: miserable, solitario, desamparado.

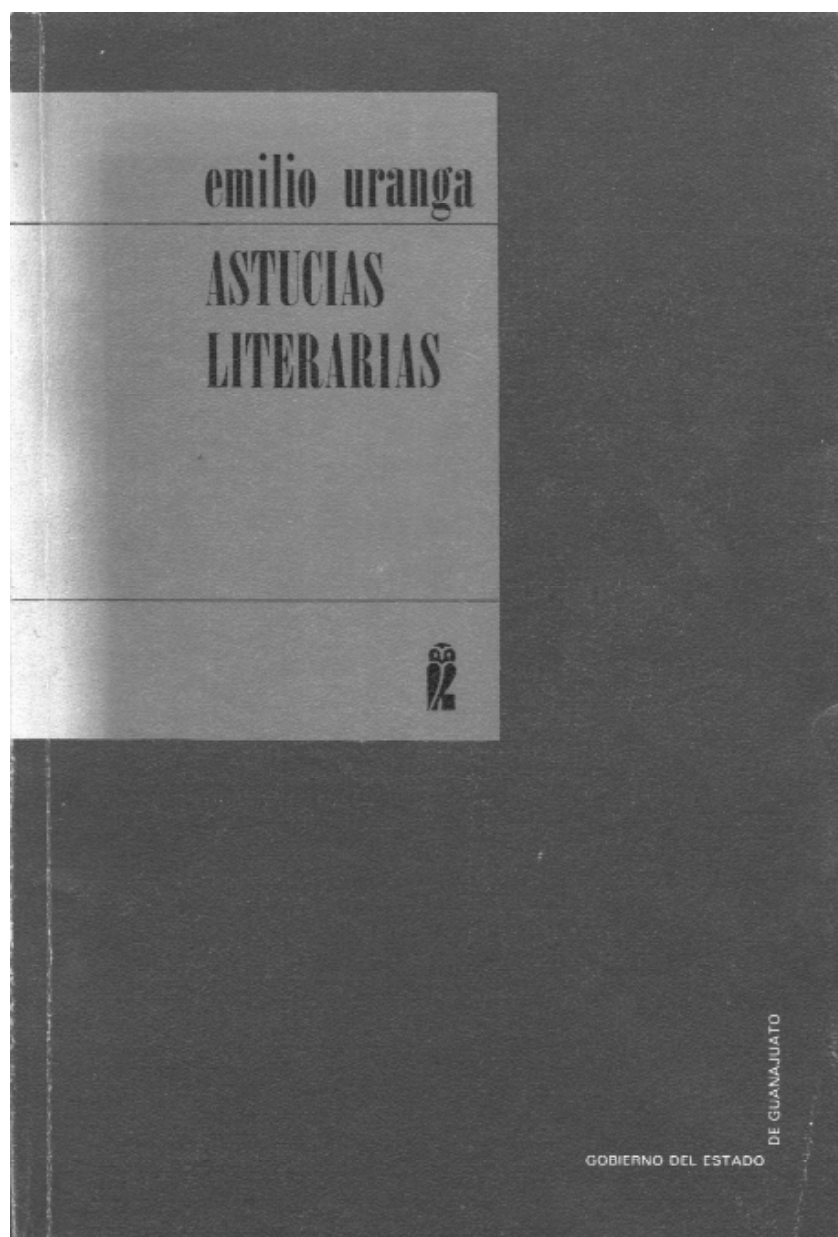
Se supo de su muerte porque ya no daba señales de vida. Porque ya no recogió el plato de comida que diariamente le dejaba, atrás de la puerta, Ruth, la alemana con quien alguna vez estuvo casado. También ella se ocupaba de limpiar, de tanto en tanto y en la medida que se lo permitía su trabajo, un apartamento donde los libros y papeles andaban revueltos con ropa sucia, medicinas, algodones y residuos orgánicos.

Meses atrás lo habían recibido en el Hospital de Nutrición para atenderlo de una crisis diabética y no lo internaron por tratarse, dijeron ahí, de una enfermedad crónica. Pudo más la burocracia que las recomendaciones y que la discreción de Ruth, quien ya no quiso insistir ante los amigos de Emilio para conseguirle un tratamiento hospitalario. Discreción que no era, en ri-

gor, sino la interpretación germánica de un mandato de Emilio quien le había prohibido, de modo enfático, que pidiera ayuda a sus amigos.

Este hombre acusado de oportunismo y de venalidad murió en la miseria pero se negó a recibir el auxilio o la piedad de los otros para emprender, solo, el camino de la muerte. Nadie puede saber si atravesó este umbral con altivez o resignación o pánico pero no hay duda que él mismo eligió su difícil forma de morir.

Aunque el observador superficial podrá caracterizar el fin de Emilio como consecuencia de sus pecados o como simple infortunio, la singularidad trágica del caso consiste en su voluntad de recibir la muerte a pecho abierto sin acompañantes, sin testigos, sin intermediarios. No hay tampoco rastro de últimas palabras para la posteridad ni aspavientos de suicidio sino una personal manera de salir al encuentro del hecho ineludible. Es como si hubiera tenido que cumplir a plenitud con su vocación existencial, como si se hubiera empeñado en escapar a la mirada ajena en la consumación de su ritual autista.



Emilio había cursado los primeros años de la carrera de Medicina y le encantaba discutir con los especialistas sus propias dolencias y enfermedades, no en calidad de paciente sino de colega. Supo antes del diagnóstico definitivo que su mal no tenía remedio y que era un enfermo en fase terminal. Liquidó entonces el escaso capital humano que le quedaba, abandonó la peña a la que concurría en el Sanborn's de San Ángel y se atrincheró en su departamento.

El sentido de su desertión pasó inadvertido pues las relaciones de Emilio no eran de riesgo sino de temporal.

Sólo que en este caso se trataba del abandono de su último reducto. Ya no tenía familia y apenas conservaba un puñado de amigos históricos —Luis Villoro, Alejandro Rossi, Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo, Hugo Hiriart, José María Pérez Gay— a quienes no frecuentaba. De modo que al abandonar los desayunos del Sanborn's perdió el contacto con el mundo exterior.

Se pasaba jornadas interminables deambulando, de pijama y bata, por los corredores que formaban librerías y montones de libros apilados sobre el suelo. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Tenía una voluntad de silencio tan intensa que comenzó a substituir el lenguaje oral por ademanes y gesticulaciones.

Conocí a Emilio en los corredores de la vieja Escuela de Filosofía pero sólo comencé a tratarlo durante el invierno de 1956. Yo estaba recién desembarcado en París y él volvía de Friburgo, donde había estudiado con Heidegger. Vivía en la Casa de México de la Ciudad Universitaria y, con el apoyo de Jean Wahl, tramitaba la renovación de su beca francesa. Beca que podríamos llamar de reserva pues al mismo tiempo preparaba su vuelta a México. Decía que había agotado su experiencia europea y, ciertamente, carecía de medios para mantener a su familia por esos rumbos.

Nuestra primera conversación se prolongó hasta el amanecer y fue el modelo de muchas otras que animaron nuestra relación amistosa. Entonces hablamos de lo que se hablaba entonces. De Sartre, de Camus y de Merleau-Ponty, del teatro del absurdo, de la revolución argelina y de la izquierda francesa, de la sucesión presidencial en México. Durante este periodo nos veíamos casi a diario aprovechando que ambos nos habíamos quedado sin los compañeros y amigos que habían salido de vacaciones.

Regresaron los viajeros y se configuraron nuevos esquemas de relaciones. Emilio estaba en guerra permanente con los compañeros de su generación que anduvieron o andaban por Europa —Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Paco López Cámara— y por fuerza de gravedad se fue integrando a la generación más joven —Salvador Elizondo, Luis Figueroa, Víctor Flores Olea, Arturo González Cosío, Enrique González Pedrero, Porfirio Muñoz Ledo, Gabriel Zaid, Pedro Zorrilla.

Fueron días de gran intensidad y considerable el aporte de Emilio a nuestras lecturas, descubrimientos y debates. Era un conversador formidable que utili-

Nuestra primera conversación se prolongó hasta el amanecer y fue el modelo de muchas otras que animaron nuestra relación amistosa.

zaba su erudición y su agudeza para llegar al fondo de cada asunto. A los pocos meses se fue a México y yo me quedé con su beca, gracias a la intervención de Silvio Zavala, encargado entonces de los asuntos culturales en nuestra embajada.

Cuando Emilio volvió a México, ya tenía una imagen pública de hombre talentoso y de mala persona. La primera la debía al maestro José Gaos, traductor de *Ser y tiempo* de Heidegger y supremo pontífice del existencialismo en castellano, quien le atribuía el rarísimo don del genio filosófico, y a su ópera prima llamada *Análisis del ser del mexicano*.

Este texto fue publicado en 1952 y constituye un punto culminante en la reflexión sobre nuestro ser nacional. El tema ya había llamado la atención de varios de nuestros pensadores, como Antonio Caso, Samuel Ramos, Rodolfo Usigli y Octavio Paz, pero el mérito de su estudio sistemático corresponde al grupo *Hiperión*, del que formaban parte, además de Uranga, Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Salvador Reyes Neva res, Joaquín Sánchez Macgregor, Fausto Vega y Luis Villoro.

Un decenio mayor que los miembros del grupo era Leopoldo Zea, quien actuaba como su animador y quien fundó la colección de libros *México y lo mexicano*. Debemos a los maestros españoles de esta generación, como Gaos, Roces o Sánchez Vázquez, y a los *hiperiones* mismos, a su curiosidad y entusiasmo, el brillo que tuvo nuestra vida filosófica a mediados del siglo XX. Debemos a Emilio Uranga, en las inquietudes y búsquedas de esos años, la idea de lo accidental como categoría ontológica.

En cualquier caso, este primer libro suyo se agotó de inmediato y se consideraba como anuncio o anticipo o fruto inicial de una obra que no alcanzó a levantarse a la altura de las expectativas que había suscitado. Ninguno de los grandes proyectos en que su autor soñaba resistió el embate de su escepticismo y de su pulsión tanática.

Durante aquellos días Emilio estaba de moda pues sus prestigios europeos se fortalecían con el escándalo que suscitaban las cartas que le dirigía a Gaos, publicadas por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica y donde el discípulo en rebeldía acusaba a sus maestros de haberlo engañado con imágenes idílicas de la universidad alemana.

La leyenda de su maldad se alimentaba de pecados propios y de los inventados por sus enemigos. Que eran muchos, debido a sus impertinencias y a sus intrigas, a sus malos humores y a sus peores vinos, pero debido, principalmente, a que cultivaba la peligrosa costumbre de decir o escribir todo lo que le pasaba por la cabeza, de acuerdo con la sentencia del futurista Bontempelli, quien decía que “el pensamiento nace en la boca”.

La fama intelectual no le ahorró dificultades para instalarse en México. Pero después de luchar contra las lentitudes de diversas burocracias pudo estabilizar su

presupuesto con los ingresos derivados de sus clases y de sus colaboraciones periodísticas, además de algunas becas y trabajos eventuales que le conseguían Arturo Arnaiz y Oswaldo Díaz Ruanova.

Durante este periodo nos mantuvimos en contacto por carta y cuando yo mismo volví a México proseguimos la conversación donde la habíamos dejado, en compañía, ahora, de amigos como el propio Oswaldo, Íñigo Laviada, Manuel Marcué, Rodolfo Mendiola, Víctor Rico y Paco Ignacio Taibo I. La sucesión presidencial animaba nuestras conversaciones y exaltaba nuestras discrepancias. Cada uno de nosotros andaba por su lado. A Víctor Rico sólo le interesaba la revolución armada, convicción que años más tarde honraría fundando una escuela para guerrilleros, mientras Emilio se declaraba marxólogo, que no marxista, para deslindarse de cualquier proclividad revolucionaria.

En 1958 llegó al poder Adolfo López Mateos y por iniciativa de Pepe Iturría y de Humberto Romero, fue nombrado asesor en la Presidencia de la República, como



Emilio Uranga, 1970

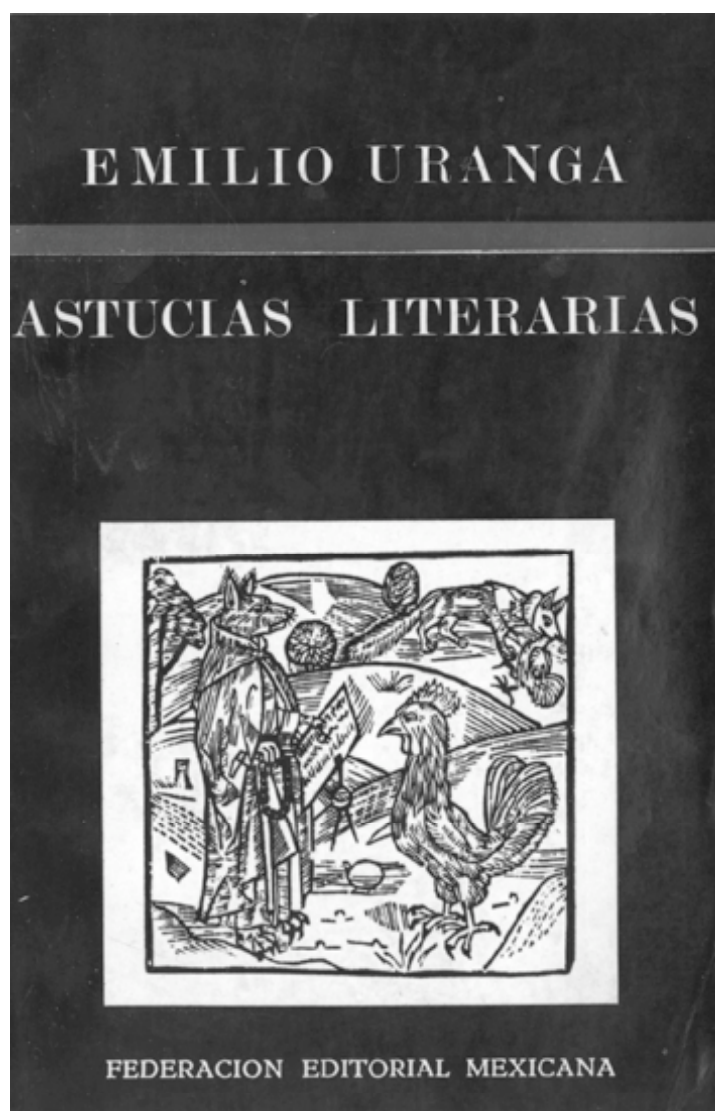
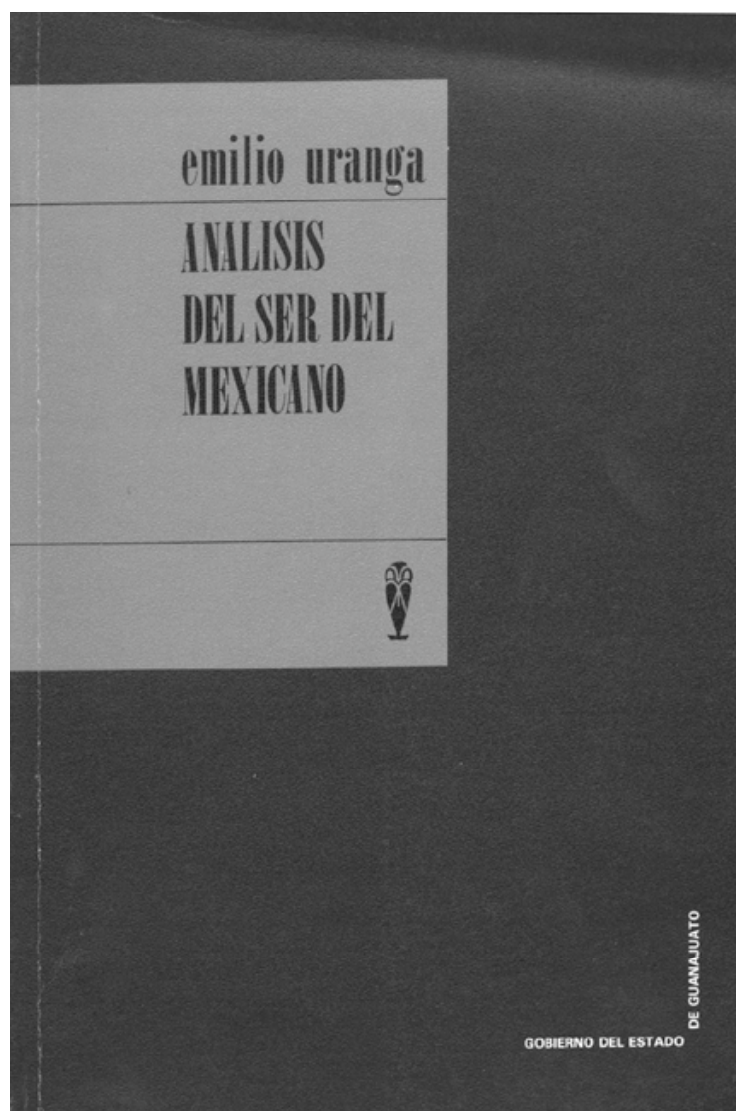
Es fundamental la contribución de Emilio Uranga a la historia de las ideas en México durante la segunda mitad del siglo xx.

yo mismo y otros compañeros de mi generación. A lo largo de varios años mantuvo esta relación con el gobierno, de consejero, no de aconsejado, decía, y siguió su vida habitual: clases de filosofía, artículos periodísticos, incursiones en la televisión, divorcios y nuevos matrimonios, así como una creciente debilidad fisiológica ante el alcohol que erosionaba o destruía sus relaciones profesionales y personales.

Emilio tuvo periodos de buena y de mala relación con el alcohol. Nunca bebió mucho por la simple razón de que no tenía resistencia para hacerlo. Prefería las bebidas suaves como la cerveza o el vino, pero aún así solía perder la cabeza. Si el episodio se volvía frecuente, se declaraba adicto y, con una mezcla de solemnidad y

de buen humor, ingresaba en ciclos de rigurosa abstinencia con la ayuda de sicoanalistas y de antidepresivos. Entonces, conversando con amigos, podía desarrollar el síndrome del alcohólico seco que consiste, como se sabe, en mimar las percepciones y la conducta de una persona en estado de ebriedad.

El año de 1968 fue desastroso para el país y, de paso, para el prestigio moral de Emilio Uranga. Antes y después de la masacre de Tlatelolco la sociedad mexicana estaba profundamente dividida y alguien aprovechó la confusión para inventar que él era el anónimo autor de un panfleto llamado *El Móndrigo* donde se calumniaba e infamaba a medio mundo. La especie, que no se apoyaba en ningún hecho, se dio por verdadera, corrió como





Porfirio Muñoz Ledo, Emilio Uranga con su hija Bárbara y Javier Wimer, París, 1957

la pólvora y tuvo como consecuencia convertirlo en un verdadero apestado. Se le excluyó de todos los círculos bienpensantes e incluso se extirpó un texto suyo en la reedición de una antología. Ninguno de quienes propalaron la calumnia se preocupó por justificarla y la verdad es que, a pesar de sus ostensibles relaciones con el gobierno, siempre mantuvo independencia de criterio, sus propias, cambiantes y caprichosas opiniones.

Al margen de sus tareas oficiales, de las polémicas y pleitos a que lo empujaba su carácter pendenciero, Emilio no desfallecía en su actividad intelectual. Siempre encontró tiempo para leer y el poco dinero de que disponía lo empleaba en comprar libros a expensas, con frecuencia, del gasto familiar. Ser pobre no le impidió ser pródigo y el modo caprichoso de manejar su gasto fue componente de peso en sus conflictos conyugales. Era muy aficionado al matrimonio y se casó tantas veces como pudo, sin prestar excesiva atención a los detalles técnicos de su anterior divorcio.

Tuvo cuatro esposas —Josette, Ruth, Pilar, Martha— y a todas les dio mala vida. Ninguna tuvo el atrevimiento de acusarlo de ser buen marido o buen padre pero dos de ellas lo recordaban con la sonrisa de quien ejerce la tolerancia del olvido. Alguna decía que era tierno y divertido.

Tenía facilidad para hacerse de nuevas amistades e igual facilidad para deshacerse de ellas. Pocas arraigaban y pocas se salvaron de un mal final. Podía, sin embargo, ser un amigo excepcional y por eso mismo se daba cuenta de sus abusos. Recomendaba, incluso, cambiar de amistades de tanto en tanto, opinión que le servía como coartada para encubrir sus culpas, para meter a una fosa común a todos los muertos que había matado.

Muchas de sus relaciones terminaron de modo abrupto y otras se extinguieron por anemia, por cambio de intereses o de espacios vitales. Sobrevivieron unas cuantas en un registro de baja intensidad. Se mantenía la vía de comunicación pero no se utilizaba.

¿Y qué dejó Emilio Uranga? A sus herederos legales nada pues toda su vida fue pobre de solemnidad. Le gustaba gastar lo poco que tenía, nunca llegó a tener casa propia y perdió una buena parte de sus libros en divorcios y cambios de domicilio. Un día como los otros se le ocurrió regalarme un valioso óleo de Pedro Coronel y su última biblioteca se la donó a la Universidad de Guanajuato, por conducto de su amigo de juventud, el gobernador Rafael Corrales Ayala.

Después de la muerte de Emilio, el propio Corrales Ayala le inventó un homenaje en Bellas Artes con el



Porfirio Muñoz Ledo, Javier Wimer, Tonatiuh Gutiérrez y Emilio Uranga, México, 1959

Le fascinaban las sutilezas lingüísticas y, en especial, las palabras que ponen punto final a un asunto.

concurso de Alejandro Rossi y de algunos compañeros de los tiempos preparatorianos: Ricardo Garibay, Salvador Reyes Nevárez y Fausto Vega. La invitación fue bien atendida por el público pero el convocante olvidó que varios oradores habían sido agraviados por Emilio y tenían derecho a un ajuste de cuentas.

La reunión guardaba, de todos modos, un razonable equilibrio entre la apología y la crítica, hasta que Garibay sostuvo la estentórea tesis que explicaba la vida y milagros de Uranga por su incomparable fealdad física y por el resentimiento consecuente. Los excesos del homenaje se diluyeron entre las voces del coctel, la biblioteca terminó bajo las aguas de una inundación y yo acabé vendiendo el óleo de Coronel. *Sic transit gloria mundi*, como se dice.

Es fundamental la contribución de Emilio Uranga a la historia de las ideas en México durante la segunda mitad del siglo xx. Los libros que escribió, desde el *Análisis del ser del mexicano*, publicado en 1952, hasta sus ensayos sobre fenomenología, existencialismo y marxismo, publicados entre 1957 y 1979 apenas constituyen un registro de su pensamiento, pues su obra, su enseñanza, su magisterio, tienen un carácter esencialmente oral y coloquial. Antes que un escritor fue un maestro, antes que un predicador un dialéctico. El contacto directo con la gente excitaba su curiosidad, su fantasía y su permanente interés por conocer el argumento del otro.

Esta vocación, este estilo de pensar, lo incorporó a su escritura y eligió el ensayo y el diálogo como la mejor ma-

nera de dar forma a sus ideas. En este sentido es ilustrativo el último de sus libros llamado *Astucias literarias*, que es una colección de apuntes, de reflexiones a vuelapluma sobre la naturaleza del lenguaje y su relación con la filosofía. No cede a la tentación del aforismo implacable sino acude al diálogo que abre constantes puertas a la duda.

Sabía bien, Emilio, que el diálogo escrito es también un artificio literario y una forma pretenciosa de buscar la verdad pues se trata de un género donde el autor se desdobra y deja afuera, por así decirlo, a ese tercero en discordia que llamamos lector. Éste piensa pero calla mientras que, en vivo, el dialogante menos apto transforma el curso de la conversación.

Puede decirse que Emilio Uranga murió como un filósofo. No eludió ni apresuró su fin y cumplió así la recomendación socrática de que el filósofo debe desear morir mas no por eso le es lícito suicidarse. Sólo que tal interdicción se funda en un orden moral y cívico creado por los dioses y que no compromete a quien navega por aguas profanas.

Emilio estaba, pues, sobrado de libertad y de tiempo para diseñar su despedida. No pudo elegir ni la enfermedad ni la escenografía pero sí la forma de su muerte. Le fascinaban las sutilezas lingüísticas y, en especial, las palabras que ponen punto final a un asunto. Recuerda, en *Astucias literarias*, las últimas palabras de Sócrates y acota que “no hay efectos espectaculares sino una frasecita entre irónica, insignificante y hasta bromista: Critón, le debemos un gallo a Esculapio”.

No encontró, Emilio, una frasecita equivalente y no dejó ninguna clave del sentido que atribuía a su muerte. Sentido que no podrá buscarse en acertijos de novela policíaca sino en constantes de su pensamiento y de su carácter.

Resulta fácil imaginarlo en el papel de anacoreta laico empeñado en castigar sus culpas o en masoquista dando traspies en busca de su placer neurótico. Pero tal vez el mejor modo de acercarnos al fondo del asunto sea pensar que hay hombres capaces de creer en la muerte como realización ontológica y en la filosofía como un saber prescindible. Si tal fuera el caso, el mensaje de Uranga sería que el enfrentamiento con la muerte es indecible y que como dijera su admirado Wittgenstein, “de lo que no se puede hablar lo mejor es callarse”.

El velorio se instaló en una funeraria de interés social. Subo una desnuda escalera de concreto y desemboco en un salón blanco y rectangular que ha sido devastado por la luz de la mañana. Ventanales sin cortinas acotan el espacio y sillas de aluminio y de cubierta ahulada se alinean con las paredes cortas e insuficientes. Hay un par de mesas bajas, un cenicero de hojalata y al fondo, detrás de un murete, se encuentra el féretro.

Somos pocos los que estamos ahí. Ruth, su hija y los dos hijos que tuvo con Emilio. Entre parientes y ami-

gos apenas pasamos de media docena. Pero nadie se muestra sorprendido de la escasa concurrencia, subrepticia fue la agonía, subrepticia la muerte y subrepticio tenía que ser el velorio.

Me acerco a la ventana de la caja fúnebre. El rostro no muestra huellas de violencia o sufrimiento, han desaparecido incluso los surcos que dejaban sus gesticulaciones y los músculos en reposo proyectan una cierta imagen de serenidad. Extraña angustia que desembocó en un buen final de *ars moriendi*.

Después de tantos años de entusiasmos y renunciaciones, de amores y desamores, de lealtades e infidelidades, de celebraciones y duelos, de aciertos y de estocadas al aire, no podemos saber qué quería demostrar Emilio Uranga al urdir esta representación del perseguido, del acorralado, del encarcelado por sí mismo.

Tal vez que la muerte no admite compañía ni reclama absoluciones. **U**

